



LA PANDEMIA DEL COVID-19 EN MÉXICO Y EL MUNDO

IMPLICACIONES Y POSIBLES CURSOS DE ACCIÓN

VERANO 2020

Tendencias controversiales del capitalismo liberal

Por Guillermo Knochenhauer
22 de junio de 2020

Vivimos tiempos convulsos por una crisis del capitalismo global que venía gestándose desde la década de 1980, no sólo económica sino además, recientemente, también política, que confluye con una pandemia de extraordinario potencial contagioso y un calentamiento planetario que ya constituye una emergencia ambiental; no hay, en la experiencia de un siglo, bases para sostener perspectivas claras sobre el porvenir cercano.

Lo excepcional de nuestro presente es que tanto la pandemia como la crisis económica son realmente globales; de hecho lo han sido casi todas las pandemias recientes (SARS, MERS, gripe porcina), pero las crisis económicas previas, inclusive la recesión de 2008-2009, se contuvieron regionalmente.

Ahora no hay un liderazgo internacional que pueda actuar como guía y locomotora de la recuperación general. La vida política interna de los más diversos países está en crisis de representación de partidos, parlamento y gobierno.

A casi todos los países les ha ido mal en la crisis y como es probable que la pandemia dure hasta 2021, es muy pronto para evaluar la efectividad de las respuestas nacionales, tanto en materia sanitaria como económica.

Nada más difícil en estos tiempos que acertar en los escenarios sobre la evolución futura de variables clave, cuando ni siquiera se puede anticipar cuánto tiempo durarán la pandemia y la depresión económica, ni sabemos cómo afectarán nuevos fenómenos sociales, políticos y hasta sicosociales en las formas de convivencia.

Estamos, pues, ante situaciones desconocidas y por lo mismo, en gran medida impredecibles; el único final claro y definitivo de la pandemia será la disponibilidad de una vacuna y/o de medicamentos eficaces en su tratamiento.

No intentaremos, por lo tanto, delinear escenarios sobre cómo será lo que vendrá, sino tan solo el señalamiento de algunas tendencias que ya se observan y que compiten con otras para imponerse como vías dominantes en el futuro.¹

Lo único que puede asegurarse, es que los escenarios a futuro no son los que podíamos imaginar en diciembre de 2019 y que los cambios sociales, políticos y económicos que están ocurriendo en el mundo capitalista, están cimentando un futuro que ojalá sea diferente, mucho mejor que las décadas pasadas.

¹ Para una narrativa de posibles escenarios del capitalismo liberal post pandemia puede consultarse Máttar (2020).



La crisis del capitalismo liberal

Antes del Covid-19, el capitalismo liberal ya presentaba serios desequilibrios entre oferta y demanda, inversiones, crecimiento y empleo, imbricados con evidencias cada vez más obvias de la incapacidad de los Estados para refrenar la caída de los ingresos del trabajo, los excesos del sistema financiero, la concentración de la riqueza y para afrontar desafíos como la emergencia climática; incapaces, en resumen, de asegurar un bienestar general.

La insatisfacción social consecuente comenzó a generar, hace más de una década, manifestaciones de protesta en lugares tan diversos como el mundo árabe, países de Europa, Asia, América Latina y Estados Unidos, que tendrían como fondo común el malestar y la impotencia ciudadana ante los muy distantes centros de poder donde se toman las decisiones en la globalización; la representación «democrática» en las economías liberales se habría convertido en una evidente ficción y las garantías individuales, que el constitucionalismo heredó de la Carta de los Derechos Humanos, se perciben disminuidas y bajo amenaza de autoritarismos.

La pandemia suspendió esas manifestaciones masivas de la agitación política y social, como las de los “chalecos amarillos” originadas en Francia y reproducidas en muchos países contra los malos servicios públicos de salud y educación, y la injusta distribución del ingreso, pero dio lugar a la discusión, en blanco y negro, de dos modelos de organización política contrastantes.

Las tendencias políticas

Se elogia, por un lado, el modelo que centraliza el poder para ejercer la autoridad, con el argumento de que refuerza la capacidad del Estado para organizar eficientemente la respuesta a las necesidades sociales.

Estados asiáticos como Japón, Corea, China, Hong Kong, Taiwán o Singapur, independientemente de sus incuestionables diferencias, están gestionando mejor la crisis sanitaria que Occidente, lo que se atribuye a que son países donde la cultura hace que las personas confíen más en el Estado, que sean menos renuentes y más obedientes que en Europa occidental.

Los asiáticos han tenido menores costos humanos, sociales y económicos por la pandemia, utilizando mecanismos de control de la población que coartan libertades, como la presión del Estado sobre individuos, su geolocalización y el control de sus comunicaciones privadas.

La capacidad política de reacción occidental ha sido más lenta ante la emergencia sanitaria, más costosa en vidas, en sociabilidad, en ocupación e ingresos de la población, lentitud que se atribuye a cualidades consustanciales de la democracia.

La cuestión que hoy hay que plantearse, es qué tanto influirá la crisis -el miedo al contagio, el confinamiento, la pérdida de ingresos- en la mentalidad de gobiernos y pueblos occidentales, que ya venían padeciendo una creciente desconfianza social en los partidos y gobiernos, manifiesta, en última instancia, como insatisfacción con la democracia.

¿Cuánto resistirán los principios de la democracia liberal, a los que debemos la división de poderes, las garantías individuales a la libertad y la igualdad frente al derecho y al Estado, si para las masas se ha hecho evidente que el diálogo y el debate en la construcción de acuerdos son meramente aparentes y que las desigualdades y la restricción de libertades son muy reales?

¿Qué tan dispuesta estará la ciudadanía a que se retraigan algunos valores que están en la base de las sociedades «democráticas», como ciertas libertades, a cambio del pronto impulso al crecimiento económico y de recuperar certezas básicas?

La sicología afirma que para el ser humano, la seguridad y la pertenencia son tanto o más importantes que la libertad personal; el liberalismo (cuya relación con la democracia no es sincrónica), es una negación sistemática de este hecho.

Me parece que la afirmación de la tendencia de largo plazo en favor de los principios democráticos y de su real ejercicio, depende de que se orientase prioritariamente a la atenuación de los excesos en la concentración de la riqueza².

Pero hacer de la democracia una experiencia real en el combate a las desigualdades, supondría afrontar los excesos del sector financiero y la evasión fiscal, para empezar; es un combate que corresponde darlo a partidos promotores de un desarrollo más social, más equitativo, vinculados a sindicatos fuertes, en el marco de una política de Estado que lo permitiera.

Lamentablemente, la crisis económica da ventajas a la tendencia a centralizar el poder en aras de la eficacia en política económica y social. Las tareas democráticas al modo liberal, son más complejas; suponen la actualización del poder jurídico e institucional de los Estados para ejercerlo con el deliberado propósito de distanciar las prerrogativas legislativas, judiciales y ejecutivas que corresponden al Estado, del poder económico que concentran ciertas élites en los países más ricos.

La ética, o su ausencia, juega, por supuesto, un papel importantísimo en las tendencias que definirán las nuevas situaciones sociales y políticas; la pandemia también ha puesto frente a frente, unos ante otros, a los defensores de la racional económica contra quienes defienden -ante todo- la vida humana.

En ese debate entre lo que está bien y lo que está mal, el presidente Donald Trump, por ejemplo, consideró que “No podemos hacer que la cura sea peor que el problema”, refiriéndose al cálculo de sus asesores en el sentido de que el confinamiento ciudadano en casa, sólo disminuiría el total neto de muertes a condición de que el PIB no cayera más 6,4 por ciento. Si la caída fuera mayor, como muy probablemente será, el desempleo, la frustración y la violencia cobrarían más víctimas que el virus, según el modelo de los «expertos».

Siguiendo esa lógica, el vicegobernador de Texas, Dan Patrick, dijo por canal FOX de TV que los mayores de 70 años “no debían sacrificar al país” haciendo que por cuidarlos a ellos, tuviera que desactivarse la economía, y que deberían ser ellos quienes se sacrificaran por Estados Unidos.

Una tendencia contraria en definiciones éticas, pugnaría por una mayor igualdad, no total, pero si al grado en que hubiera una garantía universal de que las necesidades básicas estuvieran cubiertas y de que la vida en comunidad recupere ideales colectivos.

La tendencia económica no lleva a su necesaria reorganización

En el horizonte visible, la profundidad de la crisis económica da ventaja a las tendencias autoritarias y utilitaristas. La directora gerente del Fondo Monetario Internacional (FMI), Kristalina Georgieva, declaró

² La concentración de la riqueza parece fuera de control y no solamente constituye una traba a la reproducción del capital y es causa central de la crisis capitalista de los últimos cuarenta años, sino que constituye un motivo cada vez más evidente de inestabilidad política y social en casi todo el mundo.

en abril que la economía mundial entró en recesión debido a los efectos de la pandemia de Covid-19 (falso), y que podría ser “tan mala o peor que en 2009” (seguramente lo será).

Las medidas ortodoxas aplicadas con toda prontitud en esta caída del consumo y de la producción, no están generando la reacción esperada; se combinaron políticas fiscales y monetarias para inyectarle liquidez a la economía en una proporción sin precedentes del 10 por ciento del PIB mundial; se han aplicado planes de rescate de empresas endeudadas, quebradas y “zombis”, y se intenta “estimular” el consumo y las inversiones privadas mediante un mayor gasto público.

Lo que marca la tendencia de esas medidas, es la ausencia de una visión de futuro distinta, es decir, la reactivación que se persigue seguiría las mismas pautas del pasado en política económica y funcionamiento de los mercados (Stiglitz, 2020): detrás de la derrama de dinero público no hay una política o estrategia que pretenda alterar la vieja «normalidad» de la política económica y de los negocios.

Lo que se vislumbra hasta ahora como tendencias resultantes de la inyección de liquidez a las economías, son algunos de los mayores déficits presupuestarios de la historia, una caída del PIB, también histórica, ninguna certeza de cómo será la reactivación y riesgos de mayor volatilidad de todo tipo de precios.

Los déficits fiscales los conforman en gran parte, deuda que son préstamos de los bancos centrales de cada nación, lo que significa que se pueden renovar indefinidamente; cada vez más países combinan sus déficits presupuestarios con emisión monetaria, lo que implica una novedosa fusión de la política fiscal y la política monetaria, que muy probablemente traerá mayor volatilidad en costos, precios, valores monetarios y bursátiles.

El informe más reciente del departamento de Economía y Asuntos Sociales de la ONU advirtió la posibilidad de que la descomunal inyección de dinero no sirva para estimular el consumo y las inversiones como han supuesto los estrategas de la ortodoxia.

Lo que ha ocurrido hasta ahora es que al saberse que la pandemia va a durar mucho más tiempo del que se había previsto, una parte muy importante de los recursos inyectados no los están aplicando las familias a comprar ni las empresas a invertir, sino que lo están ahorrando por cautela.

El registro de depósitos bancarios de Estados Unidos lo confirma; entre febrero y abril de 2020 casi se duplicaron, al pasar de 1.5 billones a 2.9 billones de dólares. El destino muy probable del ahorro empresarial de origen fiscal, no son inversiones que vayan a generar empleos, salarios y consumo, sino la especulación financiera, como ocurre desde hace varias décadas.

En conclusión, la tendencia más visible por el momento es a que la normalidad que nos espera no sea más que la afirmación de las mismas políticas económicas y racionalidad de las corporaciones y del mercado, lo que haría necesarios gobiernos más autoritarios y utilitaristas.

Otras tendencias apuntan a reorganizar el sistema capitalista para hacerlo más democrático en su vertiente política y desde ahí, pugnar porque los principios de igualdad y libertad echen raíces en las esferas productiva y distributiva de la economía, lo que haría que ésta quedara sujeta a una ética favorable a la mayor equidad en la relación capital/trabajo, a mayor justicia en la distribución del ingreso y a la protección de la vida y de la naturaleza. No es, lamentablemente, la tendencia dominante hasta el momento.



Referencias

- Branko Milanovic (2020), “Por qué es inútil hacer predicciones económicas ahora”, *Letras Libres*, 2 de junio.
- Ilán Bizberg (2020), “Pensar más allá de la pandemia”, *El País*, 31 de marzo.
- John Authers (2020), “How Coronavirus Is Shaking Up the Moral Universe”, *Bloomberg*, 28 de marzo.
- Joseph E. Stiglitz, Hamid Rashid (2020), “Which Economic Stimulus Works?” *Project Syndicate*, 8 de junio.
- Jorge Máttar (2020), “Covid 19: implicaciones globales y consecuencias para México. Parte 1: consecuencias sobre el capitalismo del siglo XXI”, Serie *La pandemia del Covid-19 en México y el mundo, implicaciones y posibles cursos de acción*, Centro Tepoztlán Víctor L. Urquidi, 5 de junio.



Para conocer más, visita www.centrotepoztlan.org



@CentroTepoztlan

